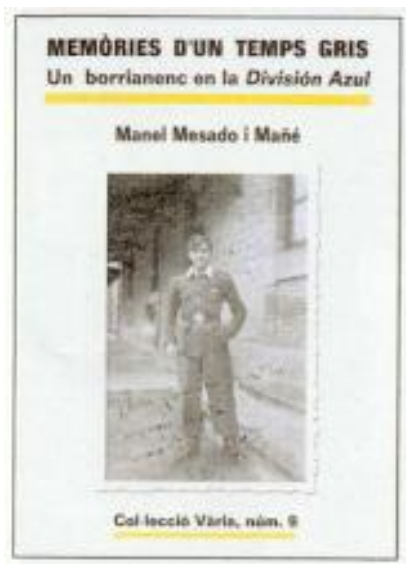




**“MEMÓRIES D’UN TEMPS GRIS . UN BORRIANENC EN LA DIVISIÓ AZUL”**



**Autor:** Manel Mesado i Mañé

**Edita:** Agrupació Borrianenca de Cultura

**Formato:** 17 x 24

**Encuadernación:** rústica

**Páginas:** 83

**Idioma:** valenciano

**El papel lo aguanta todo**

Desde el lejano 1943, hasta el 2003 en que escribo estas líneas, no han dejado de aparecer libros sobre la División Azul escritos por los protagonistas de aquella aventura. Los hay de todos los tipos, desde humildes folletos a textos de centenares de páginas; desde los impresos sólo para ser difundidos en círculos de amistades y familiares, a los que han sido repetidamente reimpresos en sellos editoriales comerciales e incluso conocen ediciones extranjeras. Han sido escritos por generales, oficiales, suboficiales, soldados. Los hay que narran sólo la peripecia personal del autor y los hay que intentan darnos una imagen global de la División Azul. Algunos se ciñen al capítulo ruso de la vida del autor, otros lo inscriben en el devenir de toda su existencia. Casi todos estos divisionarios que nos han dejado sus recuerdos han escrito un solo título sobre este tema, pero algunos han dejado más de una obra sobre aquel episodio. Los hay que han optado por darle forma literaria, novelada, a sus recuerdos, introduciendo incluso elementos de ficción, aunque son una inmensa mayoría los puramente testimoniales. Dominan los escritos con orgullo, pero también los hay escritos desde el desencanto.

Hay, por tanto, para todos los gustos. Si mi memoria no me falla estamos hablando de unos 70 autores distintos y unas 85 obras. Y a ellos deberíamos añadir algunos libros inéditos, pero de los cuales circulan ejemplares fotocopiados del manuscrito, y otros de los que han aparecido fragmentos en las distintas publicaciones de los veteranos de la División Azul. Todo ello repito, ciñéndonos a lo escrito por los veteranos de aquella Gran Unidad, excluyendo la obra de los historiadores, etc.

Es inevitable que en tan abultada producción, algún autor haya incurrido en la tentación de mistificar su papel, pero francamente, esto es casi una excepción anecdótica, no la regla. Por tanto, para el historiador se trata de un material del mayor valor para comprender en todas sus facetas y matices la singular peripecia de los soldados españoles que participaron en la mayor conflagración terrestre de la historia: la guerra germano-soviética de 1941-1945. Creo no equivocarme si afirmo que la única División del Ejército español de la cual podamos encontrar por escrito los testimonios de tantos de sus componentes es la División Azul.

Gracias a un amigo madrileño, Carlos Díez, llegó a mis manos lo que parecía ser un nuevo testimonio, la obra de Manel Mesado i Mañé, titulada "Memòries d'un temps gris. Un borrianenc en la División Azul" ("Memorias de un tiempo gris. Un burrianense en la División Azul". Edición y prólogo de Encarna Barreda i Miravet. Agrupació Borrianenca de Cultura. Burriana, 2002). Llamó mi atención por ser el primer libro de recuerdos escrito en valenciano/catalán.

Manel Mesado se nos presenta en la contraportada como un activista de las causas democráticas y valencianistas y afirma ser hijo de un republicano víctima del franquismo. Este es el segundo volumen de sus memorias, habiendo estado consagrado el primero a los recuerdos de su niñez en la Guerra Civil. Con 83 páginas, el texto ha sido editado contando con la colaboración financiera del Ayuntamiento de Burriana, la Diputación de Castellón, la Generalitat Valenciana y la Fundación de la Caja de Ahorros de Valencia, Castellón y Alicante.

Nuestro personaje elabora una narración casi tópica sobre sus horribles experiencias como hijo de un anarquista represaliado en la ominosa España franquista. Para salir de tan abominable situación se enrola voluntario (en mayo de 1942) en la Aviación, prestando servicio en sus Legiones de Tropas, donde sus experiencias son más truculentas aún si cabe. Finalmente, un buen día debe presentarse en la Comandancia de Aviación de Valencia y allí se encuentra con que un grupo de soldados de su cuerpo están firmando para marchar voluntario a Rusia. Sin pensarlo y a la vez sin saber por qué, decide firmar –libremente, dice (pág. 64)- también él. Eso sí, el autor subraya que por ello recibió una fuerte compensación económica: ya no había voluntarios y había que recurrir, por tanto, a mercenarios (págs. 64 y 65). En septiembre de 1943 nuestro personaje marchó a Logroño para incorporarse al Depósito de la División Azul (pág. 67).

Según su relato, marcha a Rusia con el 22º Batallón de Marcha. Todo lo que sigue es un cúmulo de mentiras, despropósitos, e injurias. Por ejemplo según él en “un parell de dies en tren tot travessant França, Alemanya y part de la frontera russa” (“ en un par de días, atravesando Francia, Alemania y parte de la frontera rusa”; pág. 67; en citas sucesivas omitiré la transcripción del texto en catalán) llegaron desde Logroño al sector de despliegue de la División Azul. Dejando de lado que llegar desde Logroño a Rusia en un par de días hubiera exigido el gozar de las virtudes de un Tren de Alta Velocidad, el autor ignora completamente que cada Batallón de Marcha pasaba por Hof, en Alemania, donde solían estar varias semanas recibiendo documentación, equipo, armamento e instrucción por parte alemana.

Según él, los componentes del 22º Batallón, en el que afirma que predominaban los miembros de la Legión, eran un conjunto detestable de ladrones, deficientes mentales y sodomitas. La razón, según Mesado era que los miembros de la Legión eran “unos delincuentes, hablando pronto y claro, que tenían poco que perder porque venían de ambientes muy desestructurados y muy marginales, como las prisiones” (pág. 69). Tras afirmar que el jefe del Batallón de Marcha era el comandante Castillo (proveniente de la Legión, precisa) cuenta que le robaron la cartera a este mismo oficial que si en la pág. 67 es comandante, dos páginas más allá, en la 69 es “el general Castillo” (sin

duda la carrera militar más meteórica de la historia...) Que el jefe real del 22º Batallón de Marcha fuera el comandante D. José García Suils poco le importa a nuestro imaginativo narrador.

Según su relato, al llegar a Rusia allí casi todo el mundo pensaba en desertar y de hecho muchos lo hicieron y, añade, reconstruyeron su vida en Rusia, donde se casaron y tuvieron hijos. Como por casualidad, se le olvida que incluso los desertores que se avinieron a hacer suya la causa antifascista, pasaron antes 11 años en cautividad, como los divisionarios prisioneros capturados tras presentar batalla, antes de poder abandonar el abominable “Gulag” stalinista, buscar pareja y casarse para reconstruir su vida en el “paraíso del proletariado”.

El autor dice que se quedó en Rusia cuando fue disuelta la División, pues afirma haber formado parte de la Legión Azul. Por supuesto en ningún momento nos informa de cómo y dónde estuvo encuadrado, pero en cambio se permite afirmar que en su retirada la Legión Azul tuvo “centenares de desertores” (pág. 71). Él, por su parte, fue herido y enviado al Hospital Militar español en Riga. Allí, claro está, tiene el inevitable romance con una enfermera letona, con la que pasea mientras ella le explica las vistas desde Riga: “todos los detalles que desde allí se podían divisar, como era la ciudad de Leningrado, un poco más allá” (¡¡Sic!!, pág. 71). Una simple ojeada a un sencillo mapa escolar le hubiera bastado al autor para verificar que la distancia entre Riga y Leningrado es más o menos igual que la que separa Cartagena de Madrid. Y que desde Riga es imposible ver Leningrado en línea recta a través del mar, porque la línea recta entre ambos puntos discurre sobre la tierra, no sobre el mar. Pero la vista de Mesado es aún más portentosa que su fantasía, porque además de poder ver a centenares de kilómetros, tiene la cualidad de poder esquinarse y, a cierta distancia, dar un giro de 90 grados.

El coronel médico Luis Castroviejo, a quien pone al mando del Hospital de Riga le llama un buen día para encomendarle una “arriesgada” (pág. 72) misión. De nuevo brilla la fantasía: no hubo ningún coronel médico, ni siquiera ningún médico militar, con este apellido en la División Azul. La Fundación División Azul dispone de listados exhaustivos con los oficiales que prestaron servicio en Rusia y desde luego ese nombre no existe. Cabe la remota posibilidad de que un sencillo alférez no haya quedado debidamente reflejado en esos listados, pero desde luego no hay margen alguno de error cuando hablamos de oficiales con tal elevado rango.

La misión que el fantasmagórico coronel médico Castroviejo le encomendó a Manel era llevar una carta personal al mismísimo Mariscal Goering, en Berlín

(pág. 72) ¿Sorprendidos por la amistad entre el misterioso coronel Castroviejo y el mariscal Goering? Pues hay una explicación: el “afamado médico” Castroviejo le había curado un “proceso inflamatorio”, no sólo a Goering, sino también al mismísimo Hitler (pág. 77).

Enseguida nuestro héroe intuye que la operación ha sido urdida desde España por su santa madre, que desea que regrese de Rusia y que con tal fin ha movido los hilos. Habiendo sabido que las hijas de Castroviejo vivían en Logroño, había ido a visitarlas para convencerlas de que su padre intercediera a favor de Manel.

Ignoro si ha existido alguien con el nombre de Luis Castroviejo, médico de profesión y logroñés de cuna, pero de lo que eu las enciclopedias y las páginas “web” de Internet nos informan es de la existencia de un realmente afamado Doctor Castroviejo. Aunque precisan que se trata de Don Ramón Castroviejo Briones, natral de Logroño, efectivamente, e hijo de otro afamado médico local, Ramón Castroviejo Novajas. El callejero de la capital riojana tiene dedicada una a los “Doctores Castroviejo”. Ramón Castroviejo Briones había nacido en 1904, pero dudamos mucho que atendiera a Hitler y Goering, y mucho más que fuera el que dirigiera el Hospital Militar español de Riga ya que desde 1928 y hasta 1976 vivió, ininterrumpidamente en Estado Unidos, donde alcanzó un merecidísimo renombre por sus aportaciones a la oftalmología. Por cierto, se casó en Nueva York y allí fue donde nacieron y vivieron sus dos hijos.

Con la carta de Castroviejo en su poder, Mesado sale de Riga con unos soldados de la Legión Azul que volvían al frente, y que debían ser cultísimos, porque en un diario sueco – el sueco es una lengua que todo el mundo comprende – habían leído que la División Azul iba a ser retirada del frente (pág. 73). Pero cambia de rumbo y llega a Berlín y se planta ante el Cuartel General de Goering. Allí se atilda su “uniforme de paseo de la Legión de Voluntarios Españoles” (pág. 75) antes de dirigirse a su destino.

No lo sabíamos hasta ahora, pero resulta que nuestro personaje es un auténtico héroe (su modestia, sin duda, le impide narrar tantas hazañas), ya que sobre su uniforme lucen “dos hileras de cintas rojas que mostraban mi comportamiento heroico en el campo de batalla, así como las dos veces que había sido herido, aunque en realidad no me correspondía más que una cinta, pero eso era cosa de la enfermera letona, que consideraba que la herida que tuve valía por dos” (pág. 75). Su valentía, ya ven, estaba a la par que su vista: dos hileras de condecoraciones. Supongo que es una menudencia recordar que las heridas no se premiaban en el Ejército alemán con ninguna cinta, sino con una plaquita ovalada, y que desde luego tal condecoración no solían

expendarla las enfermeras. Pero no vamos a echar a perder tan bonito relato por esas pequeñeces. Porque, además, ahora viene lo bueno.

Mesado ha llegado a Berlín, donde finalmente encuentra la “Vicecancillería” que, según él, era el nombre que recibía el palacio de Goering. Puestos a fantasear, ¿por qué no atreverse a inventar un cargo inexistente en la estructura jerárquica del III Reich?

Nuestro héroe se siente cohibido ante la presencia de los SS que aseguran las tareas de centinela en el “fastuoso” palacio de Goering. Aquí debemos disculpar el hecho de que el autor no se aclare muy bien con los uniformes alemanes, y por tanto, comprensiblemente, no alcance a distinguir entre un uniforme SS y un uniforme del “Wachtbataillon” (Batallón de la Guardia) de la División “Hermann Goering”, de la Fuerza Aérea alemana, que era, en realidad, el que aseguraba la escolta del Mariscal del Reich. Definitivamente, lo de SS suena mejor y tiene más morbo. En todo caso, aquellos centinelas de aire fiero imponían pavor, pero Manuel Mesado se armó de valor y se dirigió a la entrada, donde fue interceptado por un centinela y obligado a retroceder.

Cuando ya está dando marcha atrás, “de golpe, como caídas del cielo, oí unas palabras en valenciano que rebotaron entre aquellos muros y que me hicieron reír el corazón” (pág. 75). ¿Cómo, qué no se lo creen ustedes? Pues estos son los detalles: se trataba –según Mesado- de Joseph Ferrer, también de Burriana, cuyo apodo era “Zamoreta”, quien había logrado ser aceptado en las SS de la escolta de Goering... haciéndose pasar por un famoso torero, (pág. 76), una cualidad que debía impresionar profundamente a los alemanes, aunque Mesado, hombre amante de los detalles y la verdad a toda costa, precisa que había engañado a los alemanes, pues “Zamoreta” nunca había pasado de peón de brega (pág. 76). Con un punto de fina ironía Mesado concluye que Ferrer era un ejemplo de que “La imaginación de un valenciano en situaciones complicadas se hace fértil y crece sin medida”.

Finalmente nuestro hombre es llevado ante Goering quien lee la carta y le expide un salvoconducto para regresar a España y así nuestro héroe llega a Castellón en el otoño de 1943 (pág. 81), curiosamente las mismas fechas en las que se estaba organizando la Legión Azul a la que dice haber pertenecido (y que regresó a España en la primavera de 1944). Puesto que antes había afirmado llegar a Rusia en septiembre, podemos calcular la duración de su eventual estancia en aquellas tierras.

Tras dar bastantes tumbos, Mesado acabó entrando en la Policía Municipal de Castellón. Para que los malpensados no puedan acusarle de haber usado con tal fin el aval de haber servido en la División Azul, nuestro personaje dice que se negó a utilizar su pasado en Rusia como forma de obtener un trabajo, y una noche quemó todos los papeles que guardaba de la Campaña de Rusia (pág. 82) y eso pese a que muchos, con la mitad de méritos militares que él, así lo hacían (pág. 81). Con todo, su memoria le da para recordar que “la única huella de todo aquello” fue que había recibido la “Cruz de Invierno por la Campaña de Rusia” (pág. 79). En mi ignorancia, me atrevo a imaginar que se refiere a la Medalla del Primer Invierno; como ésta se otorgaba a quienes habían tomado parte en los combates del invierno de 1941-1942, y ése no es el caso de Mesado, hay que concluir que se la dieron porque sus méritos eran tantos que incluso tenían efectos retroactivos.

La narración que ha hecho Mesado de su pasado induce a pensar que jamás puso los pies en Rusia. Por suerte, el Archivo General Militar de Ávila conserva todos los expedientes personales de todos los españoles que pasaron por la División Azul, desde general a soldado raso, de todas las Armas y Servicios, de todos los contingentes... Todos.

Y en efecto; tras la preceptiva consulta al citado Archivo sobre el expediente de un tal Manuel Mesado Mañé, los responsables de éste nos dan la noticia que esperábamos: “En este archivo no consta nadie llamado Manuel Mesado Mañé que prestara servicio en la División Azul en ningún momento de su existencia”.

Si Mesado se hubiera limitado a contar esta sarta de tonterías, mentiras, ridiculeces y despropósitos sin faltar a nadie, nos encontraríamos, simplemente, frente la obra de un mitómano, ante la cual esbozaríamos una sonrisa indulgente. Pero Mesa no ofende sólo a la inteligencia y a la cultura de sus lectores y de sus patrocinadores, tratándoles de idiotas, pensando que van a creer tal cúmulo de mentiras, sino también a la memoria de quienes formaron en las filas de la División Azul (y de su sucesora la Legión Azul) a la que califica como “aquella División de la muerte” (pág. 82). Uno ha sido educado para no faltarle al respeto a nadie, y menos a las personas de edad. Pero en este caso debo señalar que Manel Mesado i Mañé es un mentiroso compulsivo, que injuria y denigra la honorabilidad de las decenas de miles de veteranos de la División Azul y de cuerpos enteros de nuestras Fuerzas Armadas, como la Legión. Pero, por lo visto, el papel lo aguanta todo y es posible encadenar una mentira detrás de otra y, además, obtener financiación de entidades públicas y de Cajas de Ahorros para obras que injurian y calumnian la memoria de nuestros soldados.

Una obra como ésta no merecería ni tan sólo una línea de esta revista si no fuera porque, cualquier día, algún “historiador” escribirá que la División Azul fue una fuerza de mercenarios, integrada por individuos asociales, y para llegar a tal conclusión se basará en el “testimonio” de Manel Mesado i Mañé.

Menos mal que, como dice el viejo refrán, “se coge antes a un mentiroso que a un cojo”.

*Carlos Caballero Jurado*